

Sacrificio cero

Seremos una gran ciudad cuando no temamos que nos juzguen por cómo tratamos a los animales

IGNACIO LILLO



La grandeza de una nación y su progreso moral pueden ser juzgados por la forma en que sus animales son tratados. Lo dijo Gandhi y desde la primera vez que lo leí se convirtió en un lema vital. En estas mismas páginas de opinión de SUR, desde que empecé a firmar una columna semanal, allá por 2006, he denunciado en muchas ocasiones la condición salvaje e inhumana de algunos malagueños para con los más débiles. He tenido que tratar casos que me han conmovido hasta las lágrimas, y que nos acercaban como sociedad al nivel de subdesarrollo de un arrabal de Burundi. El maltrato, la crueldad y el abandono sistemático estaban instaurados en la ciudad, que era más peligrosa para un perro vagabundo que Tijuana para un policía. Se contaban por miles los que eran sacrificados cada año, hasta fechas muy recientes, por la saturación y la falta de recursos; cuando no llegaban directamente reventados y moribundos, después de haber sido utilizados como sparrings para entrenar a perros de pelea y otras salvajadas.

Hoy, por primera vez, no vengo a denunciar, a quejarme ni a criticar, sino a aplaudir. Aplaudir a los malagueños, que han sabido mayoritariamente comprender que el dolor reflejado en los ojos de un animal también es digno del mayor de los respetos. Su capacidad de aprendizaje no deja de sorprender. Aplaudir al Área de Medio Ambiente del Ayuntamiento, que ha aportado los recursos necesarios para hacerlo posible; y sobre todo, aplaudir a organizaciones como la Protectora y a sus trabajadores y voluntarios, personas con una vocación tal que dejan todo lo que estén haciendo si les dices que en mitad de una carretera hay un animal en peligro.

En lo que va de año, las jaulas del Zoosanitario no sólo se han quedado vacías de felinos abandonados por primera vez en la historia; sino que en estas instalaciones tampoco se ha tenido que eutanasiar a ninguna mascota sana, cuando hace sólo diez años eran miles los que recibían la inyección letal, los que supone haber alcanzado el ansiado objetivo del sacrificio cero.

Ha sido un avance titánico, teniendo en cuenta el inframundo del que veníamos; pero no está todo hecho. No se nos puede olvidar que en el Refugio de la Protectora todavía quedan 800 ejemplares, en su mayoría perros, que han sido abandonados, y siguen llegando camadas indeseadas cada semana. Todavía hay demasiados salvajes que los tratan como si fueran cosas, que las hacen criar una y otra vez para lucrarse, que los utilizan y luego los tiran como a juguetes rotos, o algo peor. El día que no nos dé miedo que nos juzguen por cómo tratamos a los demás seres vivos, ese día, seremos una gran ciudad.

LA TRIBUNA

Desigualdad y educación

ANTONIO LÓPEZ PELÁEZ

Catedrático de Trabajo Social y Servicios Sociales de la UNEM

Cuando los promotores de la 'nueva' reforma educativa hablan de 'inadecuación al mundo real', ¿a qué mundo 'real' se refieren?

La educación es un claro predictor de inclusión social. Mi experiencia como docente (primero en enseñanza secundaria y después en la universidad), y como investigador profesional en el ámbito del Trabajo Social y los Servicios Sociales, me ha hecho reaccionar ante la profunda indefensión que provoca la falta de conocimiento, el abordaje trivial de los problemas, y la falta de referencias, tanto jurídicas como culturales. En el contexto de las profesiones de ayuda, los problemas que conforman la vida de nuestros usuarios demandan soluciones basadas en una alfabetización/educación adecuada (jurídica, laboral, relacional y emocional).

Hablando de educación, cualquier estudiante de primaria, si tiene que analizar una noticia de prensa, y compara periódicos de diverso tipo, lo primero que va a observar es que parece que hablamos de noticias diferentes y de planetas distintos. Esto solo puede ser explicado porque muchos comentaristas abordan su trabajo performativamente, más preocupados por influir que por abordar lo más objetivamente posible la realidad. No es algo nuevo, y estudiar historia nos ayuda a entenderlo: este tipo de publicación ya la hizo Julio Cesar con la Guerra de las Galias, que además de un gran libro le permitió hacer propaganda de su contribución a la historia de Roma.

Cuando los promotores de la 'nueva' reforma educativa hablan de 'inadecuación al mundo real', ¿a qué mundo 'real' se refieren? ¿Cómo abordar el mundo real de hoy en día, la desigualdad, la desinformación, los sesgos, el partisanismo político, la voluntad de poder de nuestros líderes que identifican su opinión con la realidad, y lo bueno con que manden ellos –aunque incumplan sus promesas elec-

torales–? ¿Todo esto es 'nuevo', o está ya en el Quijote, en el Rey Lear, en la Iliada? ¿No nos vendría mejor volver a los clásicos, quizás con más competencia lingüística, con más vocabulario, con mejores redacciones, con mejores debates, con más exposiciones orales, y con más referencias? ¿Nos serviría la filosofía para analizar las emociones en las redes sociales, los nuevos y viejos procesos de infoducción, o los retos de la exploración de la Luna o Marte, incluido el debate sobre las leyes aplicables?

Desde mi experiencia práctica, la banalidad institucionalizada, (incluida cierta logomaquia constructivista de la que algunos y algunas han hecho carrera), la falta de rigor, la búsqueda ingenua de 'adaptación a un 'mundo real' (cuando lo que se trata es de cuestionar las diversas realidades y de crear respuestas innovadoras), producen siempre una mayor desigualdad y pobreza. Eso sí, permite que algunos y algunas que ya han sido previamente promotores de estas leyes puedan volver a impulsar la desigualdad. Quizás en esta hybris tan analizada en la antigüedad, en esta necesidad personal de imponernos su visión (y contribuir a su éxito profesional, económico e ideológico), podamos encontrar respuesta a por qué se puede trivializar algo tan serio como la educación, con distinciones tan binarias y obsoletas como saberes 'básicos' e 'interesantes'.

Los discursos sobre la adaptación de los contenidos al entorno del estudiante olvidan que el conocimiento nos permite precisamente alcanzar otro horizonte, ampliar la mirada y fortalecer nuestra capacidad crítica más allá de entorno inmediato, incluso visualizando otra vida, otra profesión, otras aspiraciones en torno a las cuales organizar nuestra trayectoria personal y colectiva. Y fra-

ses tan superficiales como 'aprender a aprender' vuelven a condenarnos a una degradación de la educación, y a una mayor desigualdad, en una sociedad de la desinformación donde el 'aprendiz' que busca se encuentra con la dificultad añadida de no tener referentes culturales previos. Muy orweliano, pero muy cotidiano. Degradar la educación a un simple comentario de la 'actualidad', una adecuación al 'contexto' (como si solo hubiera 'un' contexto, y un estudiante de Vélez-Málaga no tuviera que formarse para ser autónomo y competir y compartir aquí y en París, Madrid o Roma) puede servir para aumentar la clientela del partido político en el poder, pero no aumenta la libertad ni fortalece la trayectoria personal de nuestros estudiantes. Por el contrario, estudiar bien la desigualdad en el Imperio Romano o en las sociedades de la primera mitad del siglo XX nos permitirá después afrontar en mejores condiciones el análisis de nuestro presente.

Como decía Paul Virilio, toda tecnología genera su propio accidente. También la LOGSE y enfoques parecidos. Hablamos de Finlandia, pero podemos hablar de Corea del Sur, y sobre todo podríamos hablar de cómo fortalecer la libertad, la creatividad y la independencia de criterio, mediante una escuela competente, esforzada y diversa. Una escuela en la que nuestros estudiantes pueden aprender a disfrutar de la belleza, porque han estudiado y comprendido y compartido dicha belleza, porque la han vivido en la escuela. Y lo mismo respecto a las matemáticas o los valores. No lo olvidemos: sin referencias, no hay creatividad. Sin teoría no hay conocimiento, ni se pueden resolver los problemas. Necesitamos una educación que en términos orteguianos nos eleve a la altura de nuestro tiempo. Y la necesitamos ya.

NADIE SABE
IVÁN GELIBTER
igelibter@diariosur.es

Vacunados de primera



Causa cierto estupor leer y escuchar la propuesta de algunos líderes políticos –incluido el presidente de la Junta, Juanma Moreno– de que los vacunados puedan viajar fuera de sus provincias o acudir a eventos más multitudinarios de los que están permitidos actualmente. El debate está servido entre los ciudadanos, y es normal, pero creo que la postura institucional no puede defender que haya ciudadanos de primera y ciudadanos de segunda, porque básicamente es en lo

que se traduciría esta medida.

De momento, la mayor parte de los ciudadanos afirman (y creo que con cierta honestidad) que no les importa esperar su turno para vacunarse. Es de sentido común que las personas de más edad y por tanto más vulnerables tengan que ser los primeros. Ahora bien, tampoco parece que sea justo del todo que esto se traduzca en un beneficio directo. No sé si es el 40, el 50 o el 80 por ciento, pero habrá que determinar un porcentaje en el que todos –va-

cunados o no vacunados– puedan ir de Málaga a Granada a ver a sus familias, viajar unos días a París o disfrutar de un concierto en un auditorio.

El riesgo de no hacerlo de esta manera es demasiado elevado. Si la inoculación del fármaco no conlleva estos privilegios, qué más da cuando les toque. Pero sí la cosa es así, habrá quién esté dispuesto a poner su patrimonio por delante para acceder a una mayor cuota de movimientos. O dicho de otra manera, que hay quien podría optar –por ejemplo– por irse a otro país con un sistema más desigual a vacunarse previo pago. Lo peor es que al final este debate es ridículo, porque ya está más que demostrado que la vacunación no exige a uno de contagiarse y contagiar a otros. Solo esto ya debería ser un motivo para no conceder estos privilegios, pero en estos días parece que todo puede ocurrir, aunque sea un verdadero despropósito.